Cuadernos
Historia 16

250 PTAS



La Revolución rusa

Marc Ferro

25

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

1. La Segunda República Española • 2. La Palestina de Jesús • 3. El Califato de Córdoba • 4. El Siglo de Oro, 1 • 5. El Siglo de Oro, 2 • 6. Faraones y pirámides • 7. La Castilla del Cid • 8. La Revolución Industrial • 9. Felipe II • 10. La medicina en la Antigüedad • 11. Los Reyes Católicos • 12. La mujer medieval • 13. La Revolución Francesa, 1 • 14. La Revolución Francesa, 2 • 15. La Revolución Francesa, 3 • 16. El Egipto de Ramsés II • 17. La invasión árabe de España • 18. Los Mayas • 19. Carlos V • 20. La guerra de la Independencia, 1 • La guerra de la Independencia, 2 • 22. La Hispania romana • 23. Vida cotidiana en la Edad Media • 24. El Renacimiento • 25. La Revolución Rusa • 26. Los fenicios • 27. La Mezquita de Córdoba • 28. La Reforma en Europa • 29. Napoleón Bonaparte, 1 • 30. Napoleón Bonaparte, 2 • 31. Los iberos • 32. Recaredo y su época • 33. Los campesinos del siglo XVI • 34. La Inglaterra victoriana • 35. El Neolítico • 36. Los Aztecas • 37. La Inglaterra isabelina • 38. La II Guerra Mundial, 1 • 39. La II Guerra Mundial, 2 • 40. La II Guerra Mundial, 3 • 41. Tartessos • 42. Los campesinos medievales • 43. Enrique VIII • 44. La España de José Bonaparte • 45. Altamira • 46. La Unión Europea • 47. Los reinos de taifas • 48. La Inquisición en España • 49 Vida cotidiana en Roma, 1 • 50. Vida cotidiana en Roma, 2 • 51. La España de Franco • 52. Los Incas • 53. Los comuneros • 54. La España de Isabel II • 55. Ampurias • 56. Los almorávides • 57. Los viajes de Colón • 58. El cristianismo en Roma • 59. Los pronunciamientos • 60. Carlomagno, 1 • 61. Carlomagno, 2 • 62. La Florencia de los Médicis • 63. La Primera República Española • 64. Los sacerdotes egipcios • 65. Los almohades • 66. La Mesta • 67. La España de Primo de Rivera • 68. Pericles y su época • 69. El cisma de Aviñón • 70. El Reino nazarita • 71. La España de Carlos III • 72. El Egipto ptolemaico • 73. Alfonso XIII y su época • 74. La flota de Indias • 75. La Alhambra • 76. La Rusia de Pedro el Grande • 77. Mérida • 78. Los Templarios • 79. Velázquez • 80. La ruta de la seda • 81. La España de Alfonso X el Sabio • 82. La Rusia de Catalina II • 83. Los virreinatos americanos • 84. La agricultura romana • 85. La Generación del 98 • 86. El fin del mundo comunista • 87. El Camino de Santiago • 88. Descubrimientos y descubridores • 89. Los asirios • 90. La Guerra Civil española • 91. La Hansa • 92. Ciencia musulmana en España • 93. Luis XIV y su época • 94. Mitos y ritos en Grecia • 95. La Europa de 1848 • 96. La guerra de los Treinta Años • 97. Los moriscos • 98. La Inglaterra de Cromwell • 99. La expulsión de los judíos • 100. La revolución informática.

Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-36432-1995

Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

Historia 16

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas., sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Indice



La canción, obra de I. Zarin alusiva a los voluntarios del Ejército rojo (portada). Cartel soviético editado en 1917 (izquierda)



Cartel revolucionario pidiendo voluntarios para luchar contra el ejército blanco. Obsérvese el parecido del personaje con Trotski

La Revolución rusa

Marc Ferro

Historiador. Director de Estudios de la Escuela Práctica de Altos Estudios de París. Codirector de la revista Annales

Febrero. Estalla la revolución más violenta de todos los tiempos. En unas semanas la sociedad se deshace de todos sus dirigentes: el monarca y sus hombres de leyes, la policía y los sacerdotes, los propietarios y los funcionarios, los oficiales y los amos. No hay ciudadano que no se sienta libre, libre de decidir en cada momento su conducta y su porvenir. Pronto no queda ni uno solo que no tenga en cartera un plan preparado para regenerar el país. Como lo habían anunciado los vates de la revolución, se iniciaba una nueva era en la historia de los hombres.

Surgió entonces, de lo más profundo de todas las Rusias, un inmenso grito de esperanza: en él se mezclaba la voz de todos los desdichados, de todos los humillados. Revelaron éstos sus sufrimientos, sus ilusiones, sus sueños. Y, como en una ensoñación, vivieron unos momentos verdaderamente inolvidables.

En Moscú, los trabajadores obligaban a sus dueños a aprender las bases del futuro Derecho obrero; en Odesa, los estudiantes dictaban a su profesor un nuevo programa de Historia de las civilizaciones; en Petersburgo, los actores se zafaban del director del teatro y elegían el próximo espectáculo; en el Ejército, los soldados invitaban al capellán a que asistiera a sus reuniones *para que diera un sentido a la vida*. Hasta los niños reivindicaron *para los menores de catorce años, el derecho a aprender boxeo para que los mayores les hicieran caso.* Era el mundo al revés.

Cabe imaginar el terror de aquellos que pretendían fundamentar su autoridad en la competencia, el saber, el servicio público, o en el antiguo derecho divino.

Nadie soñó jamas con una revolución así. Ni siquiera los sacerdotes de la misma, los bolcheviques, que se armaron de paciencia, ante la posibilidad de que el pueblo hiciese calaveradas. En marzo, al igual que todos los revolucionarios, Stalin lanzó un llamamiento a la disciplina militar; en junio, Kropotkin pedía ponderación. Hacía tiempo que Máximo Gorki se irritaba porque no se volvía al trabajo: *Basta de palabras* —repetía—, *basta de palabras.*

Sumamente sorprendido a su regreso a Rusia, Lenin hizo caso omiso a esos socialistas. Ese naufragio le satisfacía; era preciso acabar con la antigua sociedad. En sus *Tesis de abril,* fue uno de los pocos en alentarlo:

Hay que suprimir el Ejército, la policía, los funcionarios. Los electos tienen que ser inmediatamente revocables en todas las funciones.

Paz inmediata.

Todo el poder a los soviets... (Tesis de abril.)

Hubo de convencer primero a los miembros de su propio partido de que la política del justo medio era una estupidez; no era el papel de los bolcheviques jugar al árbitro entre la sociedad y las instituciones; tenían que colocarse a la cabeza de las masas, crear otras instituciones.

Debieron transcurrir ocho meses de revolución para que Lenin convenciera a sus compañeros de la validez de esta enseñanza de Marx; para que la acción del partido no quedara rezagada de la sociedad; para que octubre aceptara el reto de febrero.

Entre febrero y octubre, la oleada de la revolución crecía como la de un torrente, nada podíamos hacer, ni detenerla ni conducirla. Este testimonio de Kerenski es válido para los políticos, y para los militantes de todos los partidos.

Creían poder dirigir el movimiento de la revolución, acelerarlo o interrumpirlo; y se veían arrastrados por él. Tuvieron conciencia de este fracaso, pero no lograron analizar sus causas; habían luchado para que estallara la revolución y cuando se produjo, el comportamiento de las clases populares no

correspondía a sus previsiones ni a sus planes. La revolución adquiría formas o registraba sobresaltos que *les sorprendía en cada ocasión dormidos como las Vírgenes del Evangelio.*

Los «Cinco días»

Las jornadas de febrero habían adquirido un giro inesperado. Sin duda los más lúcidos habían presentido la derrota. La miseria y el odio del zarismo constituían una mezcla tan explosiva que, como observaba Zinaida Hippius, *la casa reventaba.* Ella invitaba a los liberales a que con sus propias manos contribuyeran a destruir lo que estaba condenado a la destrucción para evitar que el edificio se derrumbara enteramente y enterrase bajo sus ruinas a la vieja sociedad. Pero, ¿quién hubiera escuchado los presentimientos de un poeta en febrero de 1917?

Todo empezó con las manifestaciones de mujeres que, pasándose por alto las divergencias entre mencheviques, bolcheviques y SR, decidieron desfilar por las calles de Petersburgo. Manifestación que pronto creció con la presencia de obreros despedidos a raíz de las huelgas.

Pero todos estaban de buen humor; los cosacos patrullaban, y los manifestantes les hacían señales amistosas; sorprendía la pasividad de la policía. En realidad, las autoridades no tomaron en serio la demostración: ¿no eran acaso mujeres las que la encabezaban?

El segundo día, de tal modo incitadas, las mujeres obreras decidieron manifestarse por los barrios burgueses. Se trataba de llegar hasta la Perspectiva Nevski. Arrastraron para ello a los hombres y al mayor número posible de gente. En esta ocasión, la policía ocupaba su puesto para impedir que los manifestantes cruzaran los puentes del Neva. Sin tenerla en cuenta, pasaron el río caminando sobre el hielo, enarbolando la bandera roja, y cantando la *Marsellesa.*

Al tercer día, los bolcheviques fueron los principales organizadores de huelgas y manifestaciones. ¿Se había tenido en cuenta el llamamiento de los partidos políticos? A las ocho de la mañana una inmensa muchedumbre estaba en pie y fueron arrancados los carteles que invitaban a la población a guardar calma. La policía se mostró más huraña. Se notaba la diferencia de los cosacos: ¡Hurra!, les gritaban, y los policías caracoleaban junto a la muchedumbre como si quisieran protegerla.

A las 15 horas de ese 25 de febrero, en la plaza Znamenskaja, un orador arengó a los manifestantes. *Dispérsense,* gritó la policía. Nadie se movió. Un policía a caballo apuntó entonces su arma hacia el orador; la muchedumbre se puso a chillar. De repente, en medio de una nube de nieve y de polvo, surgió un cosaco y le dio un sablazo al faraón (policía a caballo).

El incidente dejó estupefacta a la muchedumbre. En el Gobierno, este hecho puso alerta a Protopopov, ministro del Interior, que a modo de sanción, amenazó con disolver la Duma y detener a su presidente. Pero la reunión estuvo marcada sobre todo por un telegrama inesperado de Nicolás II, en el frente por aquel entonces: *Ordeno que a partir de mañana cesen en la capital el desorden, que en modo alguno se puede tolerar en esta hora grave de la guerra. Firmado: Nicolás.*

Responsable de la seguridad, el general Khabalov cuenta que este telegrama fue para él como un mazazo. ¿Qué iba a hacer? ¿Qué significaba eso de *cesen?* Cuando se pide *pan,* se da pan, y se acabó. Pero, cuando en las banderas se lee *Abajo la autocracia,* no hay pan que valga. ¿Qué hacer entonces? El zar había dado órdenes: era preciso disparar.

El cuarto día era domingo. La ciudad se despertó más tarde de lo corriente. Ya de pie, se encontró con los soldados en sus puestos de combate. La muchedumbre se aproximaba, les hablaba amistosamente, y ellos respondían; los oficiales redoblaban las órdenes para interrumpir el diálogo, pero éste empezaba de nuevo con otros manifestantes.

El mando, irritado y nervioso, sentía desfallecer su autoridad. Y cuando uno de los oficiales del regimiento Volynski dio la orden: *¡Disparen! ¡Fuego!* los soldados, por acuerdo tácito, dispararon al aire.

¡Apunten al corazón, cada uno su turno, que lo vea! chillaba el oficial. Corría entre la tropa, cogía el fusil de uno y de otro, disparaba él mismo... De repente, la ametralladora que una unidad de oficiales apuntaba a la muchedumbre empezó a disparar y la sangre



Escena callejera en los días de la Revolución

de los obreros puso roja la nieve de la explanada.

Hubo cuarenta muertos y cuarenta heridos aquel día en la plaza Znamenskaja. En el centro de la ciudad hubo más de ciento cincuenta muertos.

Un poder paralelo

Por la noche, en el domicilio de Kerenski se reunieron militantes de todas las tendencias, como venía ocurriendo desde hacía varios meses. Intentaron llevar a cabo la unidad imposible. Por una ironía del destino, el único movimiento popular que había crecido no se debía a una de las organizaciones presentes, ni era el resultado de una acción coordinada. ¿Qué hacer?

Se comentaron los acontecimientos con pasión: el comportamiento de los cosacos, la represión, la actitud de la Duma que dirigió al zar súplicas de alarma. Las esperanzas se ponen en la Duma. Pero los representantes de las organizaciones clandestinas (Bolcheviques, izquierda de los SR, etc.) le reprochan a Kerenski su exaltación, su entusiasmo. Cuando todos se separan, Kerenski es el único en creer que la revolución ha empezado.

Al quinto día, los manifestantes ni se imaginaban que, como decía Trotski, *habían realizado las nueve décimas partes del recorrido*. Ignoraban que durante la noche la fiebre había conquistado los cuarteles y que los soldados, lívidos de cólera, habían jurado que nunca más dispararían contra el pueblo. Encarcelaron a sus oficiales y en la mañana del 27 se lanzaron a la calle confraternizando con los manifestantes que encontraban. Escena inolvidable: la película ha conservado las locas imágenes de esos soldados y de esos obreros desfilando con la bandera roja en cabeza, dirigiéndose hacia el Palacio de Taurida, sede de la Duma.

Mientras los diputados, ansiosos, se preguntan si los manifestantes llegan para atacarles o alentarles, sólo Ke-

renski decide pasar a la acción: *Tal como iba vestido, sin abrigo ni sombrero, me dirigí corriendo hacia esos soldados.* Recibe a los manifestantes y grita *¡Detened a los ministros, controlad Correos y la Telefónica, ocupad las estaciones y los centros oficiales!*

Entretanto, de la muchedumbre delirante se había desgajado un reducido núcleo de militantes que entraron en la Duma y tomaron decisiones, como en 1905, para constituir un soviet.

Quienes llevan la voz cantante eran todos mencheviques; entre ellos se encontraban dos diputados de la Duma, Tchkeidze y Skobelev; también había socialistas revolucionarios, un representante del Bund, miembros de los sindicatos y del Movimiento Cooperativo.

Por parte de los bolcheviques estaba Chliapnikov, harto reticente ante la constitución de ese soviet, porque su partido había decidido *pasar la etapa del soviet* y era partidario de formar inmediatamente un gobierno revolucionario. Con todo, se adhirió al movimiento. Aquella misma noche en que se alertó a los delegados de todas las fábricas, el soviet de los diputados de Petersburgo se constituyó oficialmente y lanzó un llamamiento a todas las Rusias. Lo hacía a través de su órgano, *Izvestia,* cuyo primer número se publica ese mismo día.

La llamada invitaba a los rusos a proseguir el combate hasta lograr la constitución de un gobierno revolucionario. Pero, lo que el soviet ignoraba era que al mismo tiempo, la Duma acababa de constituir un *Comité para el restablecimiento del orden y las relaciones con las instituciones y las personalidades,* cuyo propio nombre formulaba el programa. Integrado por miembros de todos los partidos políticos representados en la Duma (por consiguiente sin los bolcheviques, ya que desde 1914 estaban encarcelados), el Comité delegó a su presidente, Rodzianko, ante el primer ministro, príncipe Golytsin, para que éste intercediera ante el zar con el fin de constituir un *Gobierno de confianza.*

De este modo se instituía un poder paralelo. Mientras, reinaba el mayor desconocimiento sobre las próximas intenciones de Nicolás II. En esta atmósfera de desasosiego y temor por la represión, los representantes del *Comité* y los electos del *soviet* negociaron la instauración de ese poder paralelo. Kerenski y Tchkeidze, miembros de los dos organismos, actuaban como intermediarios.

El zar abdica

El problema era que en el soviet se manifestaban de nuevo las disputas entre las distintas corrientes del movimiento revolucionario. Una vez más se oponían, en la derecha, los que consideraban, con los mencheviques y los SR, que puesto que —en la fase de desarrollo en que se encontraba Rusia— esta revolución era *burguesa,* había que dejar a la Duma la responsabilidad del Gobierno y considerar la participación de los socialistas como un éxito. Kerenski se adhirió a este punto de vista.

Sin embargo, una mayoría criticaba este aspecto: mientras Rusia no poseyera los medios de hacer una verdadera revolución socialista (se estimaba con Sujanov, situado a la izquierda de los mencheviques), la participación de los socialistas en el Gobierno era un engaño para los trabajadores, perjudicaba su emancipación y desprestigiaba a sus líderes. Era preciso que los revolucionarios asegurasen un mínimo de garantías a los trabajadores para que se pudiera abordar la etapa siguiente de la revolución. Esa izquierda quería apoyar al Gobierno *en la medida en que* éste llevase a la práctica una política democrática.

En la extrema izquierda, por último, bolcheviques y anarquistas consideraban que las masas podían tomar el poder. ¿Por qué retroceder? Esta política pronto quedará encarnada en la fórmula *Todo el poder a los soviets,* que Lenin hizo popular, ya que desde su llegada el 4 de abril, se habían constituido soviets en toda Rusia.

Ante la urgencia, el soviet de Petersburgo terminó por votar la fórmula de Sujanov. El Gobierno provisional se constituyó paralelamente, y se entrevistó con los delegados del soviet. Estos propusieron un programa (asamblea constituyente, amnistía, libertades democráticas), que pareció moderado al príncipe Lvov, elegido jefe del Gobierno provisional.

El hombre fuerte del Gobierno era el KD (constitucional demócrata) Miliukov, encargado de Asuntos Exteriores. El Gobierno confió la cartera de Justicia a Kerenski, que aceptó, pese al veto



Cartel soviético alusivo al internacionalismo proletario

formal del soviet, que se negaba a toda participación.

Había nacido un Gobierno provisional que dimanaba de la Duma. Tenía el poder, pero no la autoridad. Inversamente, el soviet de Petersburgo sólo tenía que pronunciar una palabra y los soldados, los obreros, la Rusia popular le obedecían. Pero había rehusado al poder por motivos doctrinales; una doctrina que se suponía compartida con los bolcheviques, pero que éstos supieron adaptar a las circunstancias para convertirla en beneficio del poder de los soviets.

Con todo, sobre el destino de la revolución se cernía una incógnita. ¿Qué hacían el Gobierno y el zar? El Gobierno se había evaporado, todas las tropas se habían puesto al lado de la insurrección, y la ciudad se hallaba completamente en manos de la revolución.

En cuanto al zar, durante unos días no se le había querido importunar con los informes de los incidentes de la capital; finalmente se le informó y dio orden de terminar con ellos. Luego se desentendió de los acontecimientos y su vagón seguía circulando entonces entre Pskov y Vitebsk.

Cuando el 27 por la noche sus íntimos colaboradores consideraron llegado el momento de informar a Nicolás II de la gravedad de los sucesos, el zar manifestó tras la lectura de los telegramas del presidente de la Duma: *¡Hay que ver cómo me aburre con sus tonterías ese barrigón de Rodzianko!*

Acabó ordenando al general Ivanov que organizara una expedición y pusiera fin a los disturbios de la capital. La expedición fue un fracaso: sus tropas se cruzaron con soldados procedentes de la capital, éstos les pusieron al corriente de los acontecimientos de Petersburgo y las tropas de Ivanov confraternizaron con los soldados de la revolución. La excursión de Ivanov había dejado de existir.

Ante el giro que tomaban los acontecimientos, el presidente de la Duma telegrafió a los distintos generales que acompañaban a Nicolás II para que le invitaran a abdicar *con objeto de salvar el país y la dinastía.* Salvo uno, todos los generales respondieron en el acto, *aplicando respetuosamente su revólver en las sienes del adorado monarca.* Así, abandonado, el zar firmó su abdicación a los dos enviados de la Duma que acudieron a recibirle.

Se deshizo del Imperio como un capitán de su escuadrón. En el andén de la estación de Mohilev, los oficiales contenían sus lágrimas. Nicolás los saludó y, con paso ágil, volvió a subir al tren. En su diario íntimo anotaba, sin embargo: *Abandono esta ciudad con el alma desgarrada por lo que acabo de vivir. A mi alrededor no hay más que traición, cobardía y trapacería.*

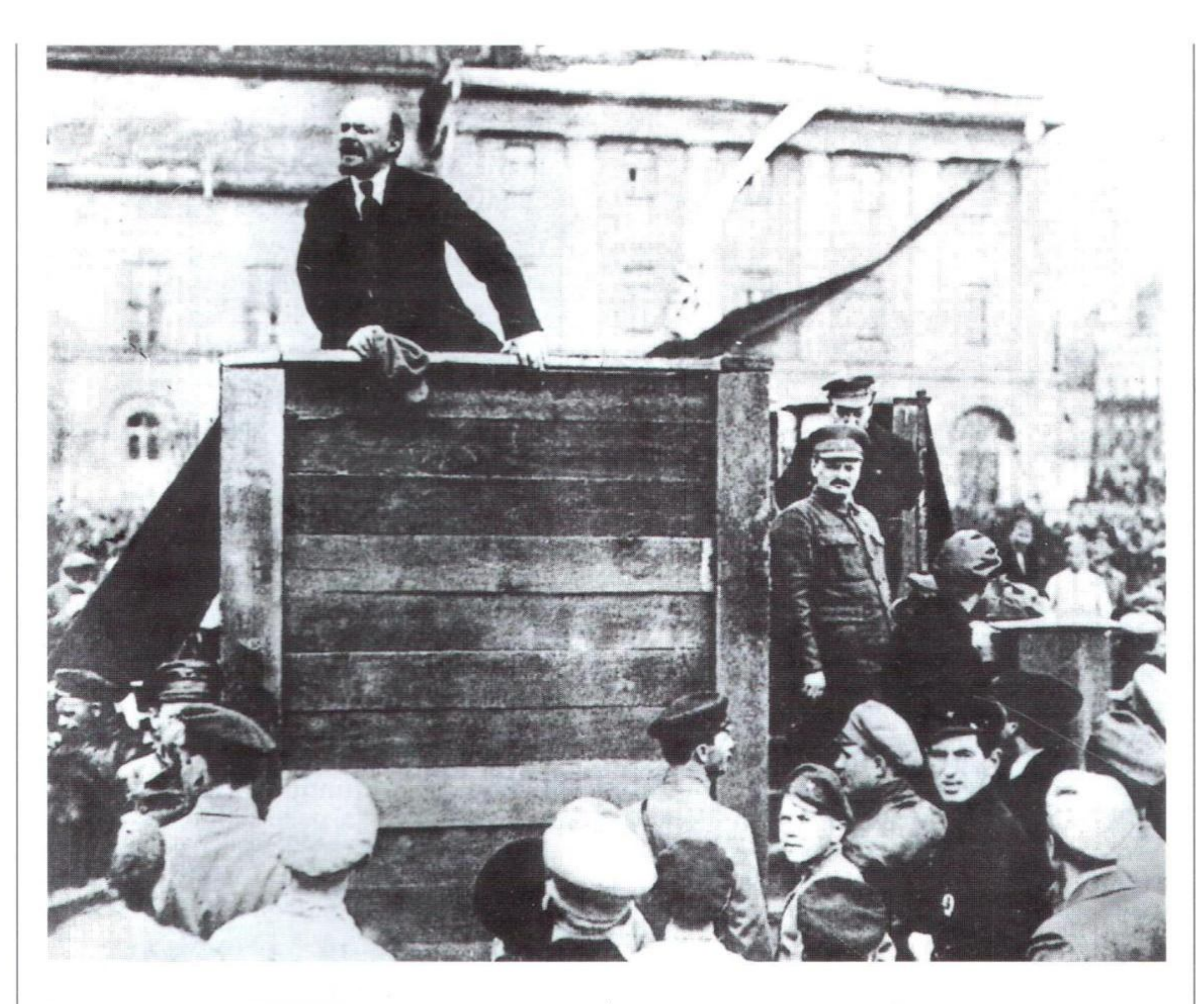
Los «Cuadernos» de la Revolución rusa

El éxito de la revolución fue tan inesperado como su estallido. Libre de repente del zarismo, el pueblo ruso desahogó la alegría que se produce tras las largas esperas. Súbitamente, el sueño de la libertad se convirtió en la libertad de ciento treinta millones de individuos entusiasmados, cada uno con un plan en el bolsillo para regenerar el país.

Con independencia de los partidos y las organizaciones que habían elaborado programas políticos, esos ciudadanos dirigieron al Gobierno y al soviet, miles de telegramas en los que formulaban sus principales aspiraciones. Acontecimiento sin parangón alguno en la historia, puesto que en 1798, los deseos de la nación francesa se habían manifestado en cuadernos, pero *antes* del triunfo de la revolución, y no después.

El autor de estas líneas tuvo la suerte de poder examinar varios miles de esos telegramas y mensajes, algunas veces torpemente grabados en cortezas de abedul. Su análisis sistemático pone de manifiesto determinados rasgos.

En esas fechas, la clase obrera pedía, esencialmente, que se mejorasen, no que se transformasen, sus condiciones de existencia: ocho horas de trabajo al día sin horas suplementarias, condiciones sanitarias satisfactorias, y la seguridad del empleo son las reivindicaciones más corrientes. También piden aumento de salarios, lo que se entiende perfectamente si tenemos en cuenta que el salario medio de los trabajadores permitía comprar dos o tres panes al día. Piden, por último, que se constituya un comité de fábrica y, si existe ya, que tenga derecho a intervenir en la contratación, y, sobre todo, en el despido de los trabajadores.



Lenin durante un discurso

Las peticiones de tipo político ocupan poco espacio en esas reivindicaciones: se espera la constitución de una república democrática y se desconfía del Gobierno formado en febrero.

Los campesinos se expresan de modo más imperativo; exigen medidas contra la antigua administración y contra el zar. Más que los obreros, se pronuncian a favor de una paz rápida y equitativa. En lo que a sus reivindicaciones se refiere, esperan hacerse con las tierras del Estado, las de herencias, y la parte no cultivada de tierras de los grandes propietarios. Muy a menudo utilizan la fórmula: *la tierra tiene que ser de quienes la trabajan.* No dudan en utilizar expresiones que ponen de manifiesto su cólera: *cuando cogemos las tierras de los ricos propietarios, es la anarquía; cuando ellos nos cogen a nuestros hijos, es patriotismo.*

Los soldados, muy sensibles a la dureza de la disciplina militar, consiguen diferenciar en unas semanas las funciones patrióticas de la acción represiva del Ejército. Descubren la función social de la disciplina militar y consideran lógico ejercer un control sobre las órdenes, ya que éstas pueden ocultar operaciones puramente represivas.

De modo harto complejo, quieren a la vez luchar por la paz y mostrar que no hay necesidad de una disciplina inhumana para cumplir con su deber de patriotas. En ocasiones, por ejemplo en Stokhod el 14 de abril, llevan a cabo una ofensiva local sin oficiales, para que éstos dejen de atribuirse el monopolio del discurso patriótico.

Cuando se dan cuenta de que proseguir el estado de guerra podría poner término a las realizaciones de la revolución, cuestionan todas las operaciones militares ofensivas, y rehúsan incluso pasar al ataque en la ofensiva de julio.

Contradicciones del régimen de febrero

Estas reivindicaciones estaban más o menos en consonancia con los pro-

gramas de los partidos políticos. En términos generales, estas reivindicaciones iban más allá del programa bolchevique, que en su origen era hostil al reparto de las tierras, a la gestión de la fábrica por un comité, a la elección de los oficiales por los soldados.

Las otras formaciones políticas estaban horrorizadas por las demandas imperativas, a menudo acompañadas de actos. Así, los soldados de Petersburgo, repudiaron las obligaciones de la disciplina militar apoyándose en el famoso *Prikaz 1,* emitido el 2 de marzo que asumió el soviet de Petersburgo para espanto del alto mando. Del mismo modo, los campesinos repartían las tierras no cultivadas de los magnates y de los grandes propietarios mucho antes de que se contemplara la más mínima reforma agraria. En cuanto a los obreros, instituyeron por decreto las ocho horas, y ante la negativa de los patronos de hacer concesiones, multiplicaron las huelgas que afectaban a más de la mitad de las empresas industriales de Petersburgo y que por lo tanto eran mucho más seguidas y más numerosas una vez lograda la revolución que en tiempos del zarismo.

Los miembros del soviet, y todavía más, los ministros del Gobierno provisional, estaban desamparados. Fascinados por el ejemplo de las democracias occidentales, los dirigentes socialistas del soviet y los ministros *burgueses* hacían grandes esfuerzos por imitar los gestos y el estilo de sus dirigentes: los Clemenceau, los Lloyd George, los Briand, etcétera.

Por ejemplo, decían *no* a todas las reivindicaciones populares: bajar el alquiler de la tierra, la jornada de ocho horas, la paz o el relajamiento de la disciplina militar. Creían manifestar así una firmeza de hombres de Estado. No se daban cuenta de que mantenerse sordos a las acuciantes aspiraciones de las clases populares, los ministros del Gobierno provisional se metamorfoseaban a sus ojos en dirigentes del Antiguo Régimen, cuando habían sido los artesanos de su caída.

En cuanto a los socialistas del soviet de Petersburgo —que pronto fueron elevados a la presidencia de la Conferencia de todos los soviets de Rusia—, explicaban igualmente que era demasiado pronto para dar satisfacción a todas esas peticiones: la crisis de la economía y el estado de guerra no lo permitían. Sin lugar a dudas, ninguna de esas reivindicaciones era en sí misma ilegítima, pero todas juntas resultaban inconciliables. Sólo una Asamblea Constituyente podría estatuirlas. Pero no podía reunirse mientras la mitad de los rusos hacían la guerra al enemigo. De modo que los ciudadanos no tardaron mucho en percatarse de que el legalismo de los revolucionarios-ministros tenía por efecto perpetuar un orden social que el levantamiento popular tendía precisamente a suprimir.

Hostiles a esa política de conciliación y espera, las masas impacientes se pusieron en movimiento. Tras multiplicar las huelgas, los obreros vieron cómo los patronos les respondían con una oleada de *lock-outs.* Empezaron a ocupar las fábricas y administrarlas, mientras los campesinos confiscaban las tierras de los latifundistas, en cuanto éstos oponían resistencia a la ocupación de tierras no cultivadas.

De este modo, sin que se viera de forma precisa, aunque el fenómeno iba abarcando poco a poco todas las actividades económicas, se estaba realizando una verdadera revolución social independiente de las acciones del poder, obra de comités o soviets que, sin cuestionar la legitimidad del soviet de Petersburgo o de la Conferencia pan-rusa de los soviets, actuaba ya como poder autónomo.

El fenómeno de ahondamiento de la revolución empezó a percibirse en otoño. Hasta entonces, en realidad ocupaban la escena social las manifestaciones de soldados o las distintas delegaciones (armenios, bundistas, ligas de mujeres, etcétera), que se dirigían al doble poder para pedir reformas o, todavía, al reconocimiento de sus derechos.

Ahora empezaba a manifestarse una correlación: los dirigentes que más se oponían a las reformas en nombre de la democracia eran precisamente los que decían que la paz era imposible, y deseaban que prosiguiera la guerra.

De modo que en el centro de todos los problemas se hallaba, como catalizador de las crisis, *el problema de la guerra.*

La guerra

Si para la burguesía, la prolongación de la guerra tiene por objeto estrangular la revolución —escribía Bujarín—, *para el proletariado, la*



Cartel soviético de propaganda revolucionaria editado en 1919

estrangulación de la guerra tiene por objeto la prolongación de la revolución.

Lo que Miliukov había entendido desde el primer día, sus adversarios tardaron tiempo en tomar conciencia de ello. La prosecución de las hostilidades permitía al mando transferir a los soldados indisciplinados al frente y mantener tropas en las líneas, salvaguardando así las estructuras del Ejército. La burguesía consolidaba sus vínculos con las potencias occidentales. Las clases dirigentes apelaban a la necesidad patriótica para obtener de los campesinos y de los obreros que trabajasen, *que abastezcan a sus hermanos con armas, pan y zapatos* y azuzaban el resentimiento de los soldados de las trincheras contra los *enchufados* de la retaguardia.

Enviando una *nota* a las potencias en la que afirmaba la fidelidad de la nueva Rusia a sus alianzas, Miliukov creyó poder ganar la democracia amarrando la nueva Rusia a la guerra *imperialista*. Inmediatamente estalló la crisis. Expulsando del poder a Gutchkov y a Miliukov y modificando los fines de la guerra de Rusia, los dirigentes de los soviets, en particular el menchevique Tseretelli, se imaginaba que su idea de *paz sin anexiones ni contribuciones* conquistaría toda Europa. Ni Lenin, que exigía la paz inmediata, ni Miliukov, que no la quería a ningún precio, compartían esta ilusión. Sin embargo, en abril, su audiencia era escasa y los nuevos dirigentes decían estar seguros de conseguirla.

En su calidad de ministros del Gobierno de coalición, realizarían gestiones con los Gobiernos aliados para que éstos procedieran a un replanteamiento de sus fines de guerra. Paralelamente, en su calidad de socialistas, organizarían una conferencia pacifista en Estocolmo, donde se coordinaría la acción de los distintos partidos socialistas sobre su propio Gobierno.

Para conservar la confianza de los aliados y no alinearse demasiado con la del mando, los socialistas *conciliadores* admitieron la necesidad de reanudar las *operaciones activas,* preludio indispensable de una ofensiva que sería la última. Firmar una paz separada parecía una vergüenza para unos, un grave error para otros. El propio Lenin consideraba que una paz así significaría, a largo plazo, favorecer la victoria del imperialismo alemán.

Liberados del frente oriental, los soldados del káiser podrían derrotar a Francia e Inglaterra; luego se enfrentarían de nuevo a Rusia. Esta victoria consolidaría, sobre todo, el prestigio de Guillermo II, y sería una puñalada por la espalda al proletariado alemán, que para los socialistas era la garantía de la victoria ulterior de la revolución proletaria.

Este esquema era engañoso. Fuera de Rusia, los socialistas fueron incapaces de modificar los fines de la guerra de uno solo de los Gobiernos beligerantes. La conferencia socialista de Estocolmo se abortó. Incluso en Rusia, la prosecución de las hostilidades no tuvo, en modo alguno, los resultados esperados.

En la retaguardia, esta política suscitó vivas reacciones en la opinión. Calificada de *defensa revolucionaria,* no dejaba de significar que la suerte de los soldados y de los trabajadores apenas iba a cambiar. Unos tendrían que exponer de nuevo sus vidas, otros mantener los ritmos de producción, y todos obedecer a su deber patriótico. Bajo el pretexto de la necesidad, la autoridad militar recobraría su ascendiente; el poder civil, sus prerrogativas.

Se reproducía el proceso de meses anteriores: a los ojos de los trabajadores y de los soldados, los ministros socialistas se metamorfoseaban en ministros-burgueses. Kerenski, ministro de la Guerra, invitaba a los soldados a redoblar la disciplina mientras la tropa pedía la igualdad; el ministro de Justicia prohibía a los campesinos modificar el estatuto de la tierra, ignorando que la primera exigencia de éstos era modificarlo completamente; Skobelev, ministro del Trabajo, no obligaba a los empresarios a mejorar las condiciones de vida de la fábrica, pero sancionaba a los comités que habían forzado a hacerlo a un director. Se hacía cada vez más difícil establecer diferencias entre los antiguos y los nuevos dirigentes.

Por doquier se multiplicaban las muestras de descontento: las huelgas se encadenaban, los motines sucedían a los actos de desobediencia colectiva. Y, cada día, desde comienzos de junio, se confirmaba la voluntad de los dirigentes de poner freno al proceso de descomposición.

Los jefes militares se felicitaban por ello, los medios contrarrevolucionarios se regocijaban abiertamente. Unos y otros consideraban, sin embargo, que



Distribución de comida en Petersburgo

aunque había elegido la buena vía, el Gobierno no se mostraba bastante firme.

Los incidentes que estallaron en Kronstadt y en la Villa Durnovo, dos focos del anarquismo, alimentaron una violenta campaña de prensa: la *Malenkaja Gazeta,* los *Novoe Vremja* estigmatizaron a quienes se hallaban en el origen de esos desórdenes, anarquistas y bolcheviques unidos, judíos todos.

Los miembros del Gobierno se hacían eco, y repetían *que así no se podía gobernar: en medio de huelgas y desorden.* Contra sus obreros, los patrones multiplicaban los *lock-outs* y los latifundistas interrumpían la siembra.

En ese clima de reacción, la campaña de Kerenski en favor de reanudar las operaciones militares activas, y el anuncio del desencadenamiento de la ofensiva, constantemente reclamada por los aliados y desde abril retrasada, adquirían una significación que no podía engañar. El partido bolchevique lo explicó; los soldados quisieron reaccionar y, como en abril, organizar manifestaciones.

Con la nota de Miliukov, el desencadenamiento de la ofensiva, la pérdida de Riga y la amenaza sobre Petersburgo, el problema de la guerra se convirtió en el catalizador de la crisis. Porque, a diferencia de los conflictos sociales, éste no podía resolverse con los propios ciudadanos: el fracaso del primer movimiento de confraternizaciones lo había mostrado, ya que el alemán no había seguido.

Sólo el Gobierno tenía capacidad de concluir la paz y el problema de la paz se planteaba así como un problema de poder. El hecho nuevo era que el vínculo entre la realización de las reformas, la conclusión de la paz y el cambio de Gobierno se presentaba a partir de ahora claramente al obrero, al simple soldado.

Las jornadas de 1917

En lo sucesivo, ningún gesto de los políticos escapará al triple análisis de

este punto de vista. Esta toma de conciencia se pondrá de manifiesto en la víspera de las jornadas de julio. Como observó el americano Dennis Garstin, los *bolcheviques enseñaron a pensar al pueblo.*

De febrero a octubre las grandes crisis políticas revisten la forma de jornadas populares. Abril, junio, julio, octubre: en cada una, el origen y el detonador son los mismos; la jornada se produce ante la incapacidad de los dirigentes para escuchar la reivindicación popular y tiene por detonador el problema de la guerra, que fue igualmente el catalizador del golpe de Kornilov.

Esas jornadas son también consecuencia de los conflictos violentos entre las organizaciones políticas que nacen al comienzo de la revolución. Son tres las actitudes que se enfrentan; los partidos *burgueses,* KD y octobristas, y las organizaciones de la democracia, divididas éstas en bolcheviques y anarquistas de un lado, y mencheviques y SR del otro.

Los KD y sus aliados consideran que con la caída del zarismo, la revolución ha terminado. En lo sucesivo, debe reinar la unidad para llevar la guera hacia la victoria. Teniendo en cuenta su situación de desarrollo, a Rusia no le es dado experimentar más que un régimen de economía liberal; políticamente, los KD preconizan una república parlamentaria; la democracia real les parece, todo lo más, un proyecto y todas las instituciones surgidas durante la revolución, tal como los soviets, están destinadas a desaparecer.

Al extremo opuesto, los bolcheviques y los anarquistas consideran que en febrero, la revolución acaba de empezar; que su principio es la lucha de clases y que el proletariado tiene que luchar por una paz inmediata. Desconfianza absoluta hacia el Gobierno provisional, tal es la consigna de los bolcheviques, que preconizan la nacionalización de las tierras y de las fábricas, y la instauración del socialismo en cuanto todo el poder pase a los soviets.

En realidad, los bolcheviques sostienen el poder de los soviets mientras éste contribuya a la destrucción del antiguo régimen social y económico. Igualmente, prescinden de la consigna sobre nacionalizaciones si la autogestión de las fábricas o el reparto de la tierra por los campesinos coopera al desmembramiento de la sociedad. Poco a poco, Lenin atrae a sus opiniones extremas a Kamenev y Stalin, que no las compartían al comienzo de la revolución. Lenin se apoya en el descontento popular y procura canalizarlo en beneficio de su partido, aunque tenga que abandonar para ello apartados enteros de su programa.

Entre estas dos posiciones extremas, los mencheviques y los SR se ven enfrentados a la realidad del poder. En el soviet de Petersburgo, desempeñan el papel de un contrapoder frente al Gobierno; pronto, después de las *jornadas de abril,* contra la guerra a cualquier precio, ellos mismos participan en el Gobierno, donde el menchevique Tseretelli y el SR Tchernov se unen a Kerenski, a partir de ahora símbolo de la política de conciliación y de arbitraje.

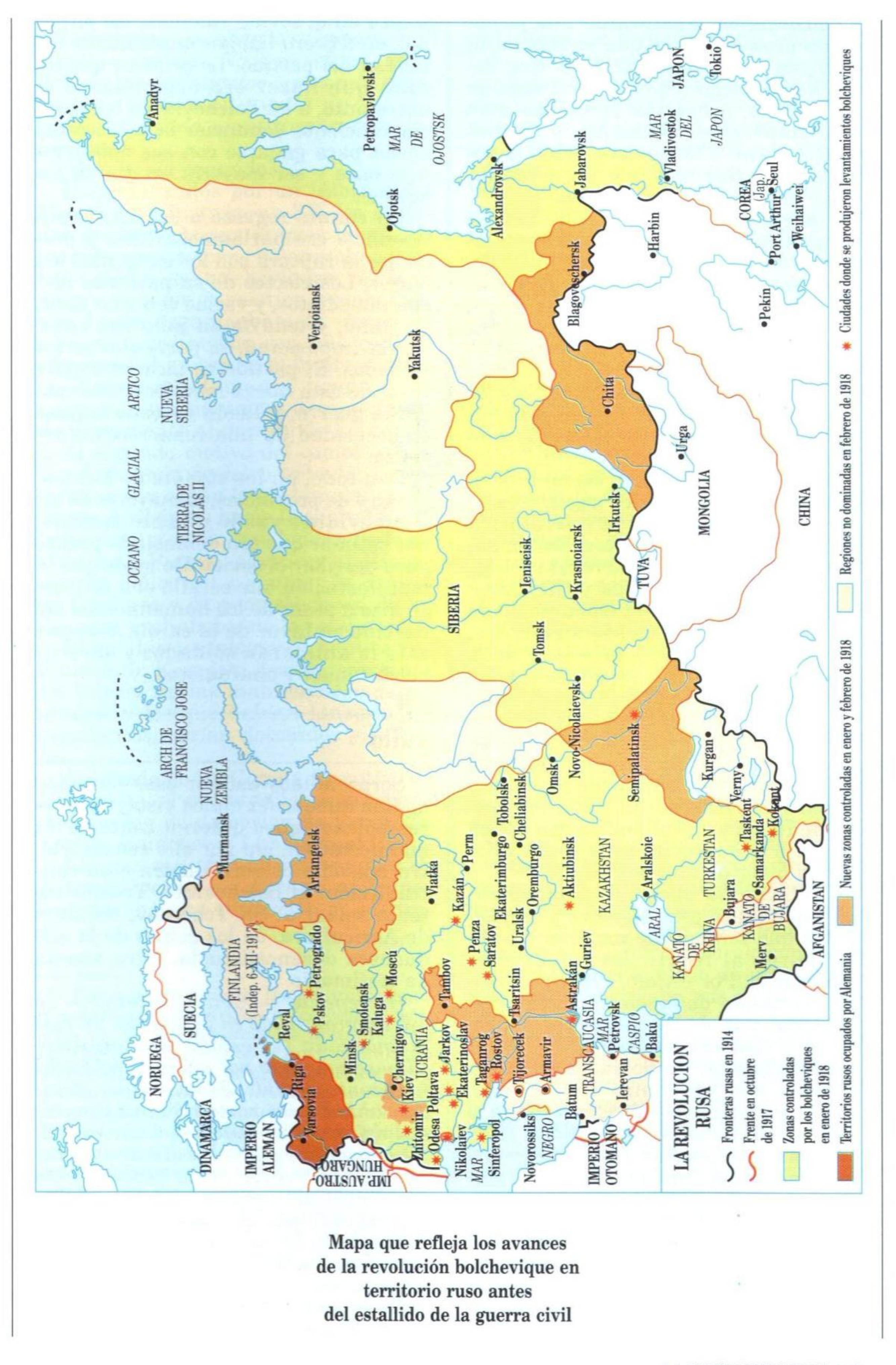
Kerenski fue el primero en colocar un cascabel a la paz sin anexiones ni contribuciones, a la necesidad de una guerra defensiva, al control del Estado sobre la vida económica. El encarna el socialismo democrático y los impulsos generosos de la revolución de febrero. Más que los restantes líderes, es querido por haber puesto en libertad a los carceleros que le apresaron en tiempos del zarismo, porque protege al zar contra las maldades de la multitud, porque sabe arrastrar a los soldados rebeldes al ataque del enemigo.

Con todo, ni Kerenski ni los mencheviques y los SR son capaces de controlar los dos flujos contrarios: el de la revolución impaciente y el de la contrarrevolución militar.

En julio, la rebeldía de los soldados que rehusan marchar al frente, desborda hasta a los líderes bolcheviques que tras la insurrección que han condenado, se ven obligados a unirse a la causa de los soldados sublevados: tras la crisis de abril, y las manifestaciones de junio que ellos animaron, les ha llegado su turno; después supieron sacar una lección.

Abril

Cuando la crisis de abril, por primera vez, todas las organizaciones políticas estaban en su puesto y se combatían. La *nota* de Miliukov sobre los objetivos de la guerra de Rusia había hecho estallar la opinión; anarquistas



Mapa que refleja los avances de la revolución bolchevique en territorio ruso antes del estallido de la guerra civil

y bolcheviques organizaron una jornada de protesta en la que se repetía la consigna de las *Tesis de Abril* que Lenin había hecho triunfar en el seno de su partido, sobre las opiniones más conciliadoras de Kamenev y Stalin: todo el poder a los soviets, abajo la política de agresión, y, por primera vez, abajo el Gobierno provisional.

Los moderados del soviet de Petersburgo lograron dar la vuelta a la manifestación en contra de sus autores. *¿Por qué esa manifestación, camaradas?* gritaba uno de ellos, Stankevitch, un amigo de Kerenski, *¿Contra quién utilizar la fuerza? Porque, en último término, la fuerza sois vosotros... Basta con que lo decidáis, damos un telefonazo y, en cinco minutos, el Gobierno habrá dejado sus poderes. ¿Qué sentido tiene la guerra civil?*

Así ganada la opinión, los mencheviques y los SR del soviet negociaron la partida de Miliukov y la constitución de un nuevo Gobierno con participación socialista. Ahora Kerenski no estaba solo; mencheviques y SR entraban en el Gobierno. Sin embargo, nada cambió en los dos meses siguientes, porque las condiciones generales de la guerra no se habían modificado y los proyectos socialistas de reunir una conferencia internacional en Estocolmo para imponer una paz de compromiso, se truncaron. Nombrado ministro de la Guerra, Kerenski quiso lanzar una ofensiva que diera testimonio de Rusia a sus alianzas, una acción previa a prenegociaciones entre aliados en favor de una paz blanca.

Con todo, la oposición anarco-bolchevique atacó esta ofensiva y los soldados que tenían que marchar de Petersburgo al frente del refuerzo se sublevaron. Por último, *Pravda* no había cesado de denunciar la acción del Gobierno y la de los dirigentes del soviet que colaboraban con él.

Lógicamente, los soldados se manifestaron a la vez contra unos y otros. Pero, como para esos dirigentes, sólo el soviet representaba la autoridad revolucionaria, los soldados se dirigieron a su palacio y no contra el Gobierno, porque éste cada vez representaba menos.

A partir de febrero, un puñado de bolcheviques condenó el acuerdo que el soviet de Petersburgo había concluido con el Gobierno. Pero no se atrevieron a protestar abiertamente porque en esas fechas, las masas ponían su confianza en el soviet. Además, las jornadas de febrero habían mostrado la debilidad del partido. Lo primero que tenían que hacer era organizarse y, entretanto, a los bolcheviques les parecía suficiente denunciar la política del soviet para ganarse con sus opiniones a la base y ser mayoría un día en los soviets.

En cuanto regresó a Zurich, Lenin denunció ese parlamentarismo y preconizó la ruptura con los dirigentes del soviet. Los efectos de su polémica fueron inmediatos, y varias veces en abril, en junio, y todavía en julio sus criterios se impusieron, en particular en los soldados. El partido se inclinaba así a favor de esta nueva manifestación contra la guerra, y Lenin evocaba incluso la necesidad de una insurrección *armada*.

Con todo, en los soviets de Petersburgo y de provincias, la mayoría de los bolcheviques vaciló y Lenin terminó por estimar que era demasiado pronto para derribar el soviet. De modo que la manifestación que estalló el 2 de julio se hizo a pesar de los llamamientos del partido en favor de la calma, aunque ésta la animaran soldados y obreros bolcheviques y anarquistas.

Julio

Sorprendidos así por esas jornadas de una dimensión nunca vista, los líderes bolcheviques quieren contener la manifestación, sin por ello censurarla. Un episodio célebre ilustra esta contradicción: el bolchevique Trotski intenta salvar al SR Tchernov, ministro de Agricultura, de los golpes de la soldadesca desencadenada. Otra escena da testimonio.

De repente —cuenta Sujanov— *se oyó un gran ruido en la lejanía; un ruido que cada vez estaba más próximo. El paso marcado por miles de soldados fue pronto audible. Se acercaban. Estaban ahí. En los rostros de los diputados del soviet se reflejaba la ansiedad. ¿Qué ocurría, pues?* Mediante un sorprendente vuelco de la historia, los diputados del congreso de los soviets se preguntaban, al igual que los diputados de la Duma en febrero, si esos soldados acudían para atacarles o para protegerles.

De repente, apareció en la tribuna el diputado menchevique Dan, ocultando

a duras penas su alegría: *¡Camaradas!* —gritó—, *calma. No hay peligro. Han llegado los regimientos leales a la revolución. Vienen en ayuda de los soviets... en ayuda nuestra contra los insurgentes.*

¿Qué había ocurrido?

Escandalizados por un informe del Ministro de Justicia, un SR, los soldados supieron de sus propios labios las terribles acusaciones que pesaban contra Lenin y los bolcheviques: recibían dinero alemán, y existían pruebas de que Lenin organizaba esta insurrección en coordinación con una contraofensiva del káiser en el frente suroeste. Estas revelaciones produjeron impresión considerable, desacreditando gravemente al partido de Lenin (*).

El segundo motivo del cambio total, sin duda más decisivo todavía, fue la información según la cual unidades del frente se dirigían hacia la capital; combatientes íntegros, que habían dado su vida a la Patria, acudían al llamamiento del soviet a limpiar la capital de traidores y de perturbadores, de todos esos enchufados de la retaguardia.

El cambio psicológico y político fue inmediato: Kerenski decidía que todos los líderes de las manifestaciones armadas, y los que habían lanzado llamamientos, serían detenidos y juzgados.

Aprobado por el Comité Ejecutivo de los soviets, el decreto fue acompañado de la orden de detención de Lenin, Zinoviev, Kamenev y Lunatcharski.

Los cien mil obreros bolcheviques de Petersburgo no son agentes alemanes —declaraba una resolución de los trabajadores de Vyborg—. Su indignación, su sorpresa al ser considerados traidores por el Gobierno y por el soviet expresaba perfectamente la ambigüedad de las jornadas de julio. Se iniciaba también una campaña de prensa en favor del restablecimiento de la pena de muerte y contra la anarquía; se asociaba a la campaña el nombre del general Kornilov, general de reputación republicana.

Kornilov

Los conciliadores hicieron recaer la responsabilidad de los incidentes de julio en los bolcheviques. Eran producto de su propaganda, los bolcheviques enfrentaban a trabajadores y soldados contra los soviets, no respetaban las reglas de la democracia en el interior incluso de los soviets.

En junio, Lenin declaraba que su partido estaba dispuesto a tomar el poder cuando sólo disponía de cien elegidos en el congreso de los soviets sobre 850 representantes. Después de julio, los demócratas vieron en los bolcheviques al enemigo a derribar. A su vez, obreros y soldados observaban que el doble poder, como antes el zar, no había vacilado en disparar contra el pueblo.

A la mañana siguiente de julio, el Gabinete de coalición presentó la dimisión y Kerenski sucedió al principio a Lvov en la cabeza del Gobierno. Su autoridad permanecía intacta porque no había caído en el antibolchevismo elemental de los líderes mencheviques y SR del soviet; en algo había logrado regenerar al Ejército y su elocuencia le convertía en el símbolo de una revolución que conservaba sus ilusiones románticas.

Además, Kerenski se encontraba en el centro de la representación política: no a mitad de camino de bolcheviques y partidos burgueses, ya que la dirección bolchevique se hallaba de nuevo en la clandestinidad, sino a media distancia de los partidos burgueses y de los demócratas socialistas.

Sabiendo que no podía gobernar solo, sin la burguesía, la *fuerza viva del país,* Kerenski esperaba instaurar una especie de república parlamentaria, cuidadosa del orden y del bien público, en espera de las reformas que la Constituyente operaría. Convocó una

(*) Como la mayoría de las organizaciones clandestinas, el partido bolchevique recibían un dinero *generoso* de donantes, en ocasiones interesados y muy a menudo anónimos. Aunque la prueba nunca haya podido establecerse, es verosímil que por el intermediario del socialdemócrata alemán Parvus, los bolcheviques hubieran recibido una *ayuda* del Gobierno alemán, sin que los bolcheviques hubieran conocido el origen de esas donaciones. Tras más de veinte años de investigar ese problema, el historiador ruso emigrado Katkov concluye lealmente: el Gobierno alemán intentó ayudar a Lenin, con o sin su acuerdo. Sin embargo, bastantes eran las apariencias que iban en contra de los bolcheviques para que no se pueda acusar a Perevertsev, ministro de Justicia, de mala fe.

Conferencia de Estado en Moscú en la que los representantes populares, los diputados de los soviets pudieron comprobar *de visu* que no eran los únicos en representar el país.

Efectivamente, antiguos diputados de las cuatro Dumas, presidentes de zemstvo, profesores de universidades, sabios, jefes del Ejército se consideraban mentores de esta república oratoria. La derecha y los militares manifestaron su impaciencia: debían cesar esos desórdenes.

El generalísimo Kornilov y su amigo Savinkov, ministro de la Guerra, contaban con instaurar una dictadura patriótica con la militarización de la retaguardia cuyas características eran harto parecidas a las que definen el fascismo italiano de la misma época: reacción defensiva contra la revolución social, papel iniciador del gran capital, acción de los militares y apoyo de la Iglesia, cuestionar la lucha de clases y llamamiento, a la solidaridad viril de los combatientes, denuncia de la debilidad del Gobierno, recurso a grupos de acción especiales, aparición de hombres nuevos, como Savinkov, a menudo antiguos revolucionarios pasados a la defensa nacional, culto al jefe, subversión del Estado, antisemitismo, utilización de la provocación y la violencia contra los amos de la calle, intervención activa de los Gobiernos aliados.

El Cavaignac ruso, Kornilov, creía que forzando la mano a Kerenski, restableciendo la pena de muerte, suprimiendo los comisarios del Ejército y los comités de regimiento, disolviendo los comités agrarios por las quejas de los grandes propietarios del campo, proponiendo la militarización de los ferrocarriles y luego de las fábricas, desempeñaría el papel que se esperaba de él. Pensaba que más tarde se desharía de Kerenski.

Los KD, la derecha, los trabajadores aliados le apoyaban, pero consideraban el riesgo excesivo; el pueblo podía levantarse de nuevo. Kerenski se anticipó. Sabiendo que tropas alógenas y cosacos, con fama de fidelidad al mando militar, se dirigían hacia la capital, puso al generalísimo fuera de la ley.

La intentona de Kornilov fracasó. Había sabido Kerenski reaparecer a tiempo como la encarnación de la revolución frente al mando, a la derecha, a los nostálgicos del pasado.

Una vez más Kerenski ganaba, pero se enajenaba a los militares. No le quedaba una contrafuerza para combatir a los bolcheviques.

Las crisis de abril, las jornadas de julio, la intentona de Kornilov habían estallado en el terreno de la guerra; los conflictos entre militares y soviets y las peleas entre bolcheviques y no bolcheviques dominaban la actualidad; pero sus protagonistas sacaban las energías de la raíz de los conflictos que trastornaban al país.

Desde febrero, las autoridades civiles habían desaparecido, la revolución había llegado hasta las instituciones más tradicionales: la Iglesia y la Universidad; en el Ejército, se había separado la función patriótica de la función represiva de los militares, de suerte que el Estado no disponía de las fuerzas de coerción habituales.

Toda la sociedad del antiguo régimen se descomponía; y en primer término los más alejados del centro, las nacionalidades y el campo, pero también las ciudades donde el poder instituido en febrero se tornaba cada vez más irreal, tenía cada vez menos incidencia sobre lo real.

Las nacionalidades

La mayoría de las nacionalidades, injertadas a la fuerza a Rusia, no aguardaron a la descomposición del Estado para manifestar sus aspiraciones, incluso para preparar la vía de su independencia, de su autonomía.

Para alcanzar sus fines, algunos contaban con el estado de guerra, y había otros, como los finlandeses y los tártaros, con un pie en cada campo.

Varias fueron las actitudes que se adoptaron en relación con el Gobierno de Petersburgo:

— Aceptar el marco de emancipación propuesto por los revolucionarios rusos, con riesgo de pedir una aceleración del calendario. Por ejemplo, en Ucrania, donde se constituyó una asamblea, la Rada de Keiv, que lanzó un manifiesto de adhesión a la Asamblea Constituyente. La Asamblea Nacional estona formuló reivindicaciones idénticas, así como el partido demócrata letón y militares musulmanes.

— Rehusar admitir la soberanía de la Asamblea Constituyente rusa, es decir, la convocada por los rusos, en la



Cartel soviético editado en los días de la Revolución

que los Gran Rusos serían mayoría. Los finlandeses negaron este procedimiento, así como también lo hizo un Comité provisional lituano, un Comité georgiano cuya sede se encontraba en el extranjero; invocaban para ello el arbitraje de la futura Sociedad de Naciones para garantizar el acuerdo a concluir con las autoridades rusas.

— No aceptar el diálogo con los representantes de la revolución a menos que éstos adoptasen ciertas posiciones políticas: de carácter internacionalista en los bolcheviques letones o ucranianos, de carácter contrarrevolucionario en los nacionalistas cosacos.

— Por último, ignorar a un Gobierno que le ignora a uno y llevar a cabo un separatismo de hecho: así actuaron los Tchagataís del Turkestán, que nunca recibieron una respuesta a sus llamadas.

Así tan sólo se mostraban incondicionales de los revolucionarios de febrero los armenios, los judíos del Bund, los griegos de Crimea y algunos partidos SR o SD de distintas nacionalidades.

Las reivindicaciones de las diferentes comunidades no rusas ofrecían ciertos parecidos: se trata de conseguir un nuevo estatuto político tal como la autonomía interna, o todavía la autonomía nacional, cultural, extraterritorial (*), incluso la constitución de una federación, con o sin la reserva mental de la independencia.

Como mínimo, esas nacionalidades pedían de inmediato la concesión de algunas atribuciones de autonomía, el reconocimiento del principio de la autodeterminación, el desarrollo de la instrucción en lengua alógena, la autorización para constituir unidades militares separadas. Esta última reivindicación era prioritaria: se juzgaban las buenas intenciones del Gobierno según la forma en que respondía a ella.

Como el mando militar se oponía a menudo, esas unidades alógenas separadas se organizaban algunas veces por sí mismas: así veremos a los cosacos unirse a la contrarrevolución, y a los cazadores letones, al bolchevismo.

Durante los seis meses de revolución que preceden a octubre, el fenómeno que sobresale es la extensión prodigiosa del movimiento de las nacionalidades. En determinadas regiones, como Ucrania, desbordaba y absorbía los restantes conflictos políticos o sociales. En otros puntos, se radicalizaba, en particular en Finlandia y en las regiones musulmanas, donde la idea de reconstituir un Estado tártaro se extendió de Crimea hasta Bujara, siendo Kazán el centro. Se observa, por último que ese movimiento nacional pronto se extendía a comunidades que los revolucionarios no se imaginaban susceptibles de tener una personalidad colectiva: los bielorrusos, los mordavos, los marí, etcétera.

Abogados entusiastas del derecho de los pueblos cuando estaban en la oposición, los socialistas de febrero mostraron, una vez en el poder, que tan sólo admitían ese derecho con una condición: que se les cediera la administración. Entendían ser los únicos en decidir cuándo y cómo sería elegida esa asamblea constituyente en la que, necesariamente, los Gran Rusos, serían mayoría.

Veían perfectamente que este procedimiento excluía el verdadero respeto del derecho de las naciones. Pero lo que les daba buena conciencia era el convencimiento de que habiendo tomado la responsabilidad de los destinos de la nueva Rusia, no podía existir divergencia entre sus objetivos y los de los alógenos, puesto que, herederos de las grandes revoluciones de 1789, 1848, 1905, concedían a su misión una votación universal.

De modo que resistieron a esas reivindicaciones y, decepcionados, los nacionalistas se emanciparon solos, en particular la Rada de Keiv, que proclamó la autonomía de Ucrania, y pronto hicieron lo mismo los musulmanes, proclamando en Kazán sus derechos a la autodeterminación. ¿Iban los países bálticos a seguir el ejemplo de Finlandia? Parte de esos nacionalistas deseaba que en la propia Rusia el bolchevismo saliera victorioso, porque Lenin había declarado que la primera acción del poder de los soviets sería reconocer el derecho de los pueblos a la autodeterminación.

(*) La autonomía extraterritorial era una fórmula que convenía a los pueblos sin base territorial homogénea, tal como los judíos, los armenios, de los cuales un 50 por 100 vivía fuera de Armenia, etc. Un organismo central legislaba en la capital, para todos los ciudadanos pertenecientes a la misma nacionalidad.



Delegados en el I Congreso de los Soviets de todas las Rusias, junio de 1917

Tampoco para los campesinos tenía sentido alguno aguardar a la Asamblea Constituyente. En la provincia de Samara, como en tantas otras, una parte de la tierra fue incautada y los comités de los mujiks tomaron en sus manos la reforma agraria. Afirmaban *que no se trataba de cuestionar la acción de los comités.* A partir del mes de julio, sólo en ese Gobierno, el número de expropiación se eleva a 900, 1.800 conflictos agrarios y su número no dejará de aumentar.

Ocupan las tierras de los ricos y no las trabajan, se indignaba una asociación de propietarios. Se quejaban al Gobierno de que no tenía ningún medio de contrarrestar ese movimiento. Con todo, después de las jornadas de julio, Kornilov se hizo eco de ese llamamiento, y utilizó cosacos para vigilar la aplicación de un *prikaz* que restituía las tierras a sus dueños.

Los ministros socialistas no les hicieron dar marcha atrás porque censuraban esas medidas tomadas espontáneamente. Como la tropa empezaba a intervenir, los levantamientos campesinos tomaron el relevo de las incautaciones: por siete Gobiernos, se cuentan 470 levantamientos en julio y agosto, 1.293 en septiembre y octubre.

La diferencia con la primavera es que en esta ocasión ha corrido la sangre, la tierra arde y el gallo rojo ha lanzado su grito. Se multiplican los incidentes graves: en la región de Polodsk se quemaron doscientas propiedades; en la de Tambov, en pleno corazón de los disturbios, el príncipe Viazemski, *muy amado de los campesinos,* se niega a ceder a sus reivindicaciones; se le revientan los ojos, le traspasan el pecho antes de que los mujiks y los soldados vuelvan a restablecer el orden y juntos le corten la cabeza.

No es éste un caso aislado; fue anterior a la toma del poder por parte de los bolcheviques. A la vuelta de unos meses, el campo ruso ha adquirido la atmósfera de una tradición más anti-

gua que nada le debía al bolchevismo, al marxismo, a la Revolución Francesa: la *Pugatchevchina*.

Así se comprendió. Cuando en octubre Lenin formula el famoso decreto sobre la tierra, esa tierra los campesinos ya la habían tomado, y el decreto lo que hace es legitimar sus actos; no está en su origen.

Las ciudades

La descomposición del antiguo régimen afectaba igualmente a las ciudades y a la producción industrial.

Con el fin de no hacer concesiones a los obreros, los patronos invocaron las dificultades en el abastecimiento, el desorden general y la imposibilidad de producir en medio de mítines, o dirigir una empresa cuando un comité jugaba al contrapoder. Ante todo, acusaban a los bolcheviques de exacerbar las reivindicaciones obreras y llevar la revolución al fracaso.

En efecto, llegados a este punto, los patronos consideraban que la revolución les brindaba una ventaja doble: la revolución los había elevado al poder del Estado, y sobre todo les había permitido tomar la dirección de una parte de la economía, la que el Estado zarista se había reservado hasta entonces, en particular los ferrocarriles. Esta burguesía pensaba que la clase obrera pronto dejaría de hacer calaveradas, pero como esto empezaba a retrasarse, por boca del magnate Riabuchinski, dio a conocer sus verdaderos motivos: *cuando aparezca el espectro descarnado del hambre, los trabajadores comprenderán que han seguido a los malos pastores y volverán a la razón.*

Los trabajadores respondieron al rechazo de los patronos con huelgas, y a la violencia, con la violencia. En cuanto los dueños aplicaron *lock-outs* injustificados, se multiplicaron los embargos. *Así fue como a pesar nuestro, fuimos llevados a administrar nuestra fábrica* —declararon los comités de fábricas.

En realidad, entre junio y octubre, su experiencia fracasó porque los capitalistas bloquearon los circuitos financieros, así como los pedidos y las ventas. Una conferencia de los comités de fábrica, celebrada en Petersburgo, tomó acta de estas dificultades; bajo el impulso de los bolcheviques, decidió extender el control obrero. Merced a esta sistematización, la coordinación de las operaciones de gestión permitiría una toma de control global de la economía. Pero ahora les tocaba a los sindicatos protestar ante la acción de esta nueva institución que les hacía competencia.

Los sindicatos mostraron que la gestión obrera daba origen a una especie de patriotismo de fábrica que *dividía a los trabajadores en lugar de unirlos;* conducía esta gestión a una fragmentación de los combates, cuando había que unificarlos, en el momento en que el capitalismo ruso daba muestras de fracaso (en particular debido a la deuda con los aliados y la pérdida de Polonia).

Los bolcheviques, que también dominaban los sindicatos, en vista de la radicalización de la opinión, se adhirieron a este punto de vista. Lograron imponer la idea según la cual el paso del poder a los soviets (soviets de diputados, soviets de sindicatos, soviets de comités de fábrica, soviets de comités de barrios, etcétera) podría dar a los trabajadores las garantías que no conseguían ni de la patronal ni del Gobierno provisional.

La lucha por la gestión de las empresas pasaba por la lucha por el poder. Y los bolcheviques desempeñaban el papel de intermediarios activos entre esos distintos soviets, tuvieran en ellos mayoría o no.

La profundidad del movimiento revolucionario no se debía sólo al hecho de que el control obrero, la gestión campesina, condujeran a la destrucción del modo de producción capitalista. Se debía a que el Estado era incapaz de poner un freno a este proceso.

Herido de muerte por quienes habían sido sus víctimas, el Estado era incapaz de ejercer la más mínima autoridad: la ley ya no era ley, una orden ya no era una orden, como lo vimos en el Ejército. Y sobre las ruinas de ese Estado, otro Estado nacía, que podemos calificar de proletario: tenía su administración (las oficinas de los comités), sus fuerzas armadas (guardias obreros, guardias rojos), su ley (los acuerdos establecidos entre instituciones) y su moral, que era la moral popular, en particular en el campo.

La incapacidad de actuar paralizaba al Gobierno: en octubre, por ejemplo, cuando Kerenski da la orden a milicia-



Otro cartel soviético editado
en los días de la Revolución

nos socialistas de que vayan a detener a Lenin, al que cree escondido en un edificio. El comité del inmueble da la alerta y resultan arrestados los milicianos por el comité del barrio.

Los análisis de Marx y Engels, cuya actualidad Lenin recuerda en *El Estado y la revolución,* se vieron verificados por la experiencia de 1917: una revolución diluía las relaciones económicas y sociales que el Estado había legalizado, destruía la función represiva de las instituciones.

La experiencia de 1917 confirmaba, además, la visión que Lenin y los anarquistas habían tenido desde febrero del papel y de la función de los soviets. Los soviets no sólo desempeñaban el papel de un contrapoder, *de una fortaleza proletaria,* en una sociedad burguesa, encargados de garantizar la instauración de instituciones democráticas. Eran a la vez el instrumento de la destrucción del antiguo Estado y el embrión de un nuevo Estado proletario, semejante a la Comuna de París.

También es verdad que la política de conciliación más de una vez le hizo perder su autoridad a los soviets. Los fracasos de su política conciliadora y la crítica bolchevique producen su efecto. En junio y julio, los manifestantes fuerzan la mano de los soviets. A sus líderes, Tchekeidse, Tchernov, se les insulta o se les golpea. Elegidos por el pueblo, se cuestionan sobre el origen de esa desgracia.

La política de conciliación no estaba sola en causa: a partir del momento en que los elegidos del soviet dirigían el Estado, los soviets mismos perdían lo que era su razón de ser, la capacidad de decidir y de actuar que con tanto vigor se había manifestado en el campo y en las fábricas.

Sin embargo, la legitimidad no puede pertenecer a los soviets, y ello aunque las clases populares quisieran ver cómo se transforma el Parlamento obrero en Convención ejecutiva. De suerte que la consigna de los bolcheviques en favor de renovar los soviets es muy popular.

Mayoritario, el Comité menchevique-SR resiste, pero la emoción que provoca la intentona de Kornilov, denunciada desde hace mucho tiempo por los bolcheviques, pone de manifiesto la necesidad de un cambio político completo. La consigna *Todo el poder a los soviets* gana primero la sección obrera del soviet de Petersburgo, luego el soviet de Moscú y más tarde decenas de soviets de obreros y soldados. De modo que la bolchevización no proviene de una adhesión explícita al partido bolchevique, sino de una adhesión masiva a las consignas de las instituciones revolucionarias (comités de fábrica, guardia roja, etcétera), que se organizan y se burocratizan para sobrevivir, antes de injertarse en el partido bolchevique.

A nivel representativo, el giro se produce en septiembre. Pero la radicalización había empezado a partir del mes de abril. Las nuevas elecciones a los soviets ponen de manifiesto los progresos del bolchevismo.

Las jornadas de octubre

Antes de Kornilov, todo era todavía posible; después de la intentona, nada lo era ya. Formulado cincuenta años después del acontecimiento, este juicio de Kerenski traduce perfectamente la nueva relación de fuerzas: para oponerse a la reacción militar, el Gobierno y el soviet habían recurrido a todas las fuerzas populares, bolcheviques incluidos.

Así, este partido había salido de la semiclandestinidad en que se encontraba desde julio. Había alentado la lucha, contribuido a la constitución de la guardia roja, milicia obrera fiel al poder de los soviets. Las organizaciones del partido no dejaban de consolidarse, partiendo de la base y subiendo hasta la cima. Contaban con más de cincuenta mil militantes y controlaban la única prensa política (con la de los cadetes) presente en todas las grandes ciudades de Rusia.

Durante la intentona, Lenin lanzó una consigna que, por su ambigüedad, le dio al partido el apoyo de las masas: nada de apoyo a Kerenski, lucha contra Kornilov. La audiencia del partido creció todavía más cuando el Gobierno sancionó con moderación a los responsables de la intentona, lo que daba fundamento en las acusaciones de colusión con los militares. Como me dijo Kerenski en 1966: *Me encontraba en la posición de De Gaulle, que, después del golpe de los generales, en 1961, trató con guante blanco a Salan y los otros miembros del complot, alienándome completamente los comunistas.*



Manifestación callejera en febrero de 1917

Sólo que en septiembre de 1917, los bolcheviques eran más fuertes que los comunistas en la Francia de 1961: lo que explica que De Gaulle pudiera resistirles, incluso sin la ayuda del Ejército, mientras que yo no pude oponerme más a los bolcheviques.

Desde su escondrijo de Finlandia, donde vivía oculto bajo disfraz, Lenin comprendió inmediatamente el cambio que se había producido, y a partir de la primera semana de septiembre empezó a presionar al Comité Central del partido para que tomase el poder, para que se preparase para la insurrección. Aducía que con mayoría en el soviet de Petersburgo (que ahora preside Trotski) y en el soviet de Moscú, los bolcheviques debían y podían tomarlo.

Lo podían, porque la mayoría activa de los elementos revolucionarios del pueblo de las dos capitales basta para arrastrar a las masas, para vencer a la resistencia del adversario, para destruirlo, para tomar el poder y conservarlo... Los bolcheviques formarán un Gobierno que nadie derribará.

Debían hacerlo porque el Gobierno era incapaz de impedir la rendición de Petersburgo ante los ejércitos del káiser (...) Esperar así una mayoría formal en el soviet sería ingenuo por parte nuestra, porque ninguna revolución aguarda. La Historia no nos perdonaría ese retraso.

Los demás miembros del Comité Central entendían mal esa prisa: la mayoría de los bolcheviques, conducida por Kamenev, aceptaba como mucho la ruptura con el Consejo de la República, una asamblea democrática que había convocado Kerenski, y ante la cual aceptaba ser responsable, es decir, derribado, si dejaba de ser mayoritario.

La mayoría de los bolcheviques tampoco comprendía la argumentación de Lenin, puesto que existía el acuerdo de que a partir del 25 de octubre, en el II Congreso de los soviets, los bolcheviques serían mayoría y podrían proclamar el poder de los soviets. En el Go-

bierno que constituirían esos soviets, los bolcheviques serían necesariamente mayoritarios. Entonces, ¿por qué una insurrección? se preguntaba Kamenev.

Lenin acusó entonces a los camaradas de debilidad, quería dimitir; el 10 de octubre acudió en secreto a la capital y expuso sus opiniones. Gracias al apoyo de Sverdlov, hizo saber que se preparaba un complot, fomentado en Minsk. Lenin volvió al Comité Central a su favor, y se votó el principio de una insurrección por diez votos contra dos. Los dos oponentes, Kamenev y Zinoviev, condenaron el golpe y *Novaja Zizn,* el periódico de Gorki, publicó la carta que sobre este tema habían escrito al Comité Central: Lenin, les acusó entonces de denuncia y traición.

Se había corrido la alerta, pero la insurrección bolchevique era un secreto a voces. ¿Qué podía hacer el Gobierno cuando la Guardia Roja tenía más poder que la milicia urbana, cuando el soviet de los comités de fábrica era abocado a la lucha desde que los patronos habían despedido a miles de obreros a la calle, cuando los marinos de la escuadra se determinaban a luchar (en su mayoría eran anarquistas), cuando los soldados estaban impacientes por derribar un régimen que no sabía ni ganar la guerra ni hacer la paz?

La acción

El problema consistía en saber quién iba a fomentar la insurrección. No se haría caso a un llamamiento del partido bolchevique, dado el precedente del mes de julio. Era preciso que la llamada partiera de un soviet, y el soviet de Petersburgo, con Trotski, sería suficiente: la insurrección tenía por objeto defenderse contra los militares que querían disolver los soviets y *abrir el frente a los alemanes.*

Bajo el patronato del soviet de Petersburgo se constituyó un comité militar revolucionario provisional (PVRK). Con habilidad, Trotski confió la responsabilidad de ese organismo, no a un bolchevique, sino a un joven SR de izquierda, el primer *compañero de viaje* de la Historia. Luego el PVRK pidió a los regimientos de la capital, a los guardias rojos y a los marinos de Kronstadt que se adhirieran al comité.

El mando militar no podía tolerar que se disolviera su autoridad; lanzó un ultimátum al PVRK y ordenó sellar el periódico bolchevique *Soldado.* El 24, el PVRK hacía saltar los precintados: era la ruptura.

Paralelamente, un comité de cinco bolcheviques debía ocupar correos, las estaciones, los puentes, etc., para asegurar el éxito de un levantamiento que pondría de manifiesto el papel preeminente desempeñado por los bolcheviques.

Coordinando así la acción del soviet y la del partido bolchevique, Trotski maniobró de tal suerte, que recién llegado al partido, reconciliaba la tendencia Kamenev y la tendencia Lenin. De modo que cuando se reunió el II Congreso de los soviets, el levantamiento de octubre parecía proceder de los movimientos bien coordinados, pero distintos, y los dos dirigidos desde el Instituto Smolny, sede del soviet, y del Comité de los cinco: un golpe de Estado organizado en nombre del soviet para defender la revolución; una insurrección proletaria animada por la organización militar bolchevique para darle al partido el derecho a ejercer el poder.

La acción se inició cuando se produjo el relevo de la guardia de los puentes: la guardia roja tomó el control de los mismos sin que la tropa leal esbozara la más mínima resistencia; los guardias rojos, al igual que los soldados de la Organización Militar Bolchevique, actuaban en nombre del soviet.

Así, los puntos estratégicos cambiaron de manos sin derramamiento de sangre y sin que el Gobierno tomara verdaderamente conciencia. Pero sus centros neurálgicos ya no respondían, las tropas llamadas en refuerzo no llegaban y no se cumplían las órdenes. Se estaba llevando a cabo una gran revolución y nadie se percataba de ello.

Lenin quería, de todos modos, que la insurrección fuera patente: hizo intervenir a la Armada y los marinos. En la jornada, los bolcheviques controlaban los centros vitales de la capital. En la noche del 24, la ciudad estaba en manos de los insurgentes, cubierta de barricadas. Sólo resistía el Palacio de Invierno con sus batallones de mujeres y los contingentes de jóvenes oficiales.

El Gobierno estaba desamparado. Aguardando sólo la oportunidad de vengar a Kornilov, los cosacos abando-



Cartel revolucionario alusivo a la *limpieza* de las clases dominantes por parte del proletariado



Cartel revolucionario aludiendo a la *barrida* de capitalistas y reyes por parte de Lenin

naron a Kerenski, que había salido de la capital en busca de refuerzos. En el frente del general Krasnov, los cosacos quisieron entregarlo al soviet *a cambio de Lenin.* Kerenski se disfrazó de marino y logró escapar.

Entretanto, el 25 por la mañana, el PVRK publicaba un boletín anunciando la victoria: se había derrocado el Gobierno, el PVRK tomaba el poder. En la jornada, mientras el acorazado *Aurora* disparaba (cartuchos de fogueo) contra el Palacio de Invierno, el bolchevique Podvoiski dirigía el ataque.

Para conmemorar el episodio, un año después los participantes hicieron una reconstrucción y luego Eisenstein en *Octubre.* Podvoiski dejó un testimonio:

En las tinieblas de la noche entrecortada por los disparos, en los relámpagos de los fogonazos, del humo opaco de la pólvora, surgieron como fantasmas, los guardias rojos, los marinos, los soldados. Tropezaban, se levantaban, proseguían su avance irresistible. Ahogando la crepitación de las ametralladoras y de los fusiles, un poderoso hurra, grito de victoria y de gozo, resonó del otro lado de las barricadas. La marea humana sumergió la escalinata, las escaleras del palacio. Eran las dos de la madrugada.

Horas antes, de los 673 delegados presentes en el II Congreso de los soviets, 390 delegados bolcheviques aclamaban a Lenin, Trotski y Lunatcharski; pero la antigua mayoría condenó el golpe de fuerza, calificado de ilegítimo, y abandonó la sala. Los bolcheviques quedaron dueños absolutos del Congreso. En lo sucesivo iban a conservar el poder sólo para ellos y para siempre.

Significación de la insurrección de octubre

Desde 1917, adversarios y partidarios de octubre discuten la naturaleza del acontecimiento: golpe de Estado, insurrección o revolución.

Unos lo consideran un golpe de Estado, logrado gracias a la disciplina del partido bolchevique: ante el vacío generado por la degeneración del Gobierno provisional, el grupo mejor organizado pudo, de algún modo, *hacerse con el poder al vuelo* (A. Ulam). De modo que no es la voluntad manifiesta del pueblo ruso, sino más bien la habilidad de los dirigentes bolcheviques, la que estaría en el origen de esta trágica peripecia de la historia.

Por el contrario, cuidadosos en afirmar la legitimidad de su poder, los soviéticos alegan que cada una de las fases del desarrollo de la sociedad rusa corresponde perfectamente al modelo marxista y que la victoria del proletariado era inevitable, tanto más que éste tenía en su vanguardia un partido bolchevique.

Estas dos interpretaciones opuestas se sitúan en el campo de la legitimidad histórica. Ahora bien, queda claro que el éxito de octubre se entiende abordando los problemas de un modo distinto. Por otra parte, la disciplina del partido bolchevique es un acto de fe más que una realidad controlable, como dan testimonio de ello, de un lado, los conflictos entre Kamenev y Lenin, de otro —y mucho más grave, los comportamientos, a menudo divergentes, de las diferentes instancias del partido bolchevique (por ejemplo, la hostilidad del Comité de Petersburgo

en las decisiones del Comité Central de julio).

También es verdad que a medida que los análisis de Lenin se revelan esas divergencias se difuminan. Durante las jornadas de octubre, Lenin se comporta de modo independiente, obligando al partido a seguirle. Da fe de ello el pequeño golpe de Estado que se lleva a cabo, convirtiendo al PVRK en la encarnación del poder revolucionario que derroca a Kerenski, cuando, legítimamente, la denuncia del Gobierno provisional hubiera debido correr a cargo del II Congreso de los soviets y sólo de él.

Pero al actuar así, Lenin empieza a vaciar el poder de los soviets de su realidad en beneficio de una institución que él controla totalmente. En los soviets, los bolcheviques eran sólo una mayoría, y se hubieran encontrado líderes de ese partido como Kamenev, Zinoviev y otros más, hostiles a la toma del poder por un solo partido.

El punto importante está en otra parte. Claro que los soviets sirvieron muy bien de taparrabos al partido bolchevique, pero hay todavía más: la insurrección fue una prueba de fuerza *entre un Estado sin Gobierno* —el conjunto de las instituciones soviéticas—, y *un Gobierno sin Estado,* el de Kerenski.

En ese movimiento, el partido bolchevique encarnó la voluntad de derrocar el régimen nacido en febrero, responsabilidad ésta que no se atrevían a tomar los distintos soviets. Así queda eliminada una contradicción aparente: octubre pudo ser a la vez un movimiento de masas y un movimiento en el que sólo participó un reducido número, ya que ese reducido número resultó indefinidamente renovado, mientras que enfrente no había nada, pues, como se ha demostrado, el movimiento del campo y el de las nacionalidades actuaban independientemente del conflicto mayor entre bolcheviques y antibolcheviques.

Pudo creerse que la insurrección de octubre fue obra de una minoría porque entre los participantes de octubre sólo hubo un partido, una fracción de los SR, y anarquistas, que no cejan de poner en guardia contra los bolcheviques. Por el contrario, el abanico de adversarios de octubre incluye una cantidad considerable de partidos y de organizaciones políticas: desde los cadetes hasta los mencheviques, pasando por el movimiento cooperativo.

La república de los militantes, en su inmensa mayoría, condenó con violencia *el golpe de Estado de un solo partido.* Y desde 1917, todos esos partidos han podido manifestar indefinidamente sus quejas. He aquí por qué da la impresión de que la mayoría de los ciudadanos eran antibolcheviques.

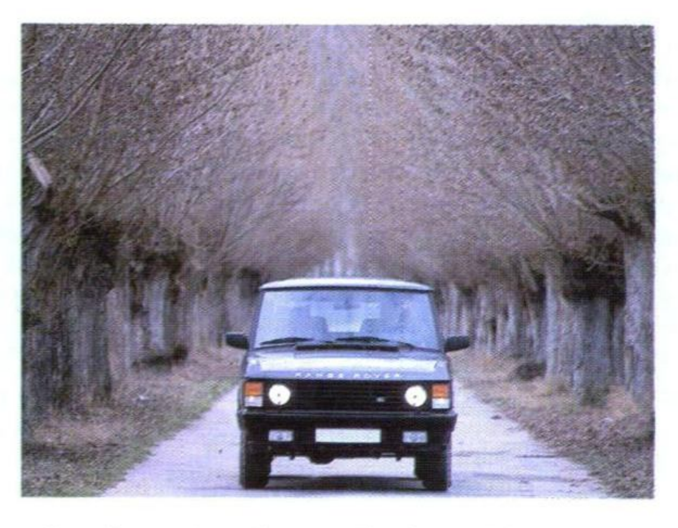
Pero se trataba de la mayoría de los que, por lo general, hablan en nombre de los ciudadanos y no la mayoría de los ciudadanos en sí: efectivamente, la mayoría de las unidades militares, la mayoría de las fábricas, la mayoría de los soviets de barrio, la mayoría de los comités que reinan en la sociedad se adhirieron al *poder de los soviets.* Sin duda se trató de un error —como demostrará la historia—. De todos modos, octubre es obra de las masas.

Bibliografía

Anweiler, O., *Los soviets en Rusia, 1905-1917,* Madrid, Zero Zyx, 1975. Broué, P., *El partido bolchevique,* Madrid, Ayuso, 1973. Calvert, P., *Análisis de la revolución,* México, Fondo de Cultura Económica, 1974. Carr, E. H., *Historia de la Rusia soviética* (siete vols.), Madrid, Alianza, 1974 y ss. Carr, E. H., *Estudios sobre la revolución,* Madrid, Alianza, 1968. Carr, E. H., *La revolución rusa, de Lenin a Stalin,* Madrid, Alianza, 1981. Coehrke, C., y otros, *Rusia,* Madrid, Siglo XXI, 1975. Deutscher, I., *Trotski,* México, Era, 1966-69. Droz, J., *Historia general del socialistmo* (cuatro vols.), Barcelona, Destino, 1985. Ferro, M., *La revolución de 1917. La caída del zarismo y los orígenes de Octubre,* Barcelona, Laia, 1975. Ferro, M., *La revolución rusa de 1917,* Madrid, Villalar, 1977. Ferro, M., *La gran guerra, 1914-1918,* Madrid, Alianza, 1973. Garraty, J. A., y Gay, P., *El mundo contemporáneo,* Barcelona, Bruguera, 1981. Grimberg, C., *El siglo XX,* Barcelona, Daimón, 1984. Mellotti, U., *Revolución y sociedad,* México, Fondo de Cultura Económica, 1971. Salisbury, H., *La Russie en révolution,* París, Pygmalion, 1979. Shub, D., *Lenin* (dos vols.), Madrid, Alianza, 1977. Trotski, L., *Historia de la revolución rusa* (dos vols.), Madrid, Sarpe, 1985. Ulam, A. B., *Los bolcheviques,* Barcelona, Grijalbo, 1974. Willard, C., *Problemática del socialismo,* Madrid, Istmo, 1971.

Si decides emprender un viaje con tu automóvil y visitar cualquiera de los bellos lugares y parajes que en nuestra geografía existen, adopta siempre unas necesarias medidas de seguridad vial que te harán, sin duda, disfrutar.

Antes de iniciar la marcha revisa, personalmente, los niveles y elementos más importantes del vehículo, a saber: aceite de motor, agua del radiador, líquido de frenos, dirección, neumáticos, alumbrado, etc.; en esta operación se invierten no más de tres minutos.



Consulta un mapa de carreteras y planifica el itinerario a seguir; prepara también un itinerario alternativo, especialmente para el retorno, ya que éste puede coincidir con el de otros vehículos y en épocas particularmente conflictivas (vacaciones, festivos, fines de semana, etc.). Y si el viaje va a rebasar las dos o tres horas de duración, prepara con anticipación los lugares de descanso e invierte de diez a quince minutos en cada uno, apeándote del vehículo para estirar piernas y brazos. No fijes nunca una hora de llegada y si viajas en grupo, con otros vehículos, mantén y haz mantener la distancia de seguridad.

Durante el viaje no olvides utilizar los cinturones de seguridad tanto en asientos delanteros como en traseros y, si circulas en moto, la utilización del casco es imprescindible. Estas obligaciones permanecen aunque se circule por vías y zonas sin asfaltar (caminos vecinales y forestales).

Al margen de vías forestales y de los lugares destinados para ello, evita circular por explanadas y sitios de difícil acceso, pues además de poner en peligro tu seguridad y la de tu automóvil, puedes deteriorar el medio ambiente. Si no puedes acceder a un punto (paraje) determinado, estaciona ubicando bien tu vehículo (freno de mano y una velocidad accionada) y continúa a pie.



